

## H. A. Murena y Rodolfo Kusch: «Barbarie» como seducción o pecado

Héctor Álvarez Murena (1923-1975) y Rodolfo Gunter Kusch (1922-1979) —contemporáneos de la misma generación, cercanos hasta en la muerte— publicaron casi simultáneamente su primer libro de ensayos sobre la condición americana. El pensamiento de Murena causó pronto impacto, sorpresa, fue aplaudido o acerbadamente criticado. El de Kusch, aunque no ignoto, tuvo que aguardar casi hasta los años setenta para comenzar a ser más ampliamente divulgado y discutido.

Quisiera referirme —para compararlos— a sus dos primeros libros: *El pecado original de América*<sup>1</sup> (1954) de Murena, y *La seducción de la barbarie*<sup>2</sup> (1953) de Kusch, que dibujan ya una concepción del mundo y permiten prever dos destinos intelectuales por igual apasionados y, aunque divergentes, no exentos de afinidades profundas y secretas. Sólo el enunciado de estos títulos parece declarar a la vez una posible correspondencia y un contraste. «Pecado» y «seducción» son ideas estrechamente vinculadas, en la cosmovisión judeo-cristiana, por lo menos. ¿Consistirá el «pecado original de América» en haber cedido a «la seducción de barbarie»?; podrá arriesgar algún lector. Pero puede ocurrírsele también al lector hipotético que la palabra «seducción» es mucho más ambigua en sus resonancias semánticas que «pecado». Tanto, que no sólo lo demoníaco, lo malsano, lo aparential, sino también lo bello, lo bueno, lo auténtico, seducen, o quieren seducir, y con más justos títulos. Una atenta lectura comparada contribuirá a responder estos interrogantes.

Es preciso aclarar primero que ambos enfoques son, radicalmente, especulaciones metafísicas que recurren a categorías mítico-religiosas y a modelos metafóricos. Los dos ensayos reivindicán claramente su perte-

---

1. Hemos utilizado dos ediciones: la primera, de Sur, 1954; la segunda de Sudamericana, 1965. Citamos siempre la primera, a menos que se advierta expresamente.

2. Empleamos la primera edición, Buenos Aires, Raigal, 1953.

nencia al ámbito filosófico-literario y se contraponen a otros estudios con pretensiones sociológicas y científicas<sup>3</sup>. El núcleo del pensamiento de Kusch puede resumirse en pocas palabras que definen el problema americano: demonismo vegetal y su consecuencia: el mestizaje. Un mestizaje que es *previo* a la Conquista y que nace en la ambivalencia de la criatura humana, desarmada ante la exhuberancia abrumadora de la tierra —donde el hombre parece emerger apenas como un accidente—, pero que a la vez apunta, sin lograrlo del todo, a un desarrollo espiritual. Esta ambigüedad, que es ya insatisfacción, frustración, se expresa, para Kusch, en el símbolo de la Serpiente Emplumada maya, que «une, sin fundir, la verdad de la tierra (...) el *coátl*, la serpiente con la verdad del cielo —el *quetzal* que simboliza la pureza espiritual...»<sup>4</sup>. Con la conquista el mestizaje se hace *racial, carnal*, y entonces lo europeo se identifica con «lo perfecto, lo armonioso», «lo blanco, lo consciente, lo social, lo luminoso», y lo indígena con lo demoníaco, lo destructor, lo telúrico, lo inconsciente, lo negro, lo antisocial, lo oscuro<sup>5</sup>.

La Conquista, si por un lado aniquila al indio, tiene también el efecto de volcarlo hacia sus propias raíces, lo apega totalmente a la tierra, a lo natal. Ahora el nuevo mestizo indo-hispánico «adopta el formalismo de la ciudad, la expresión que ella concede, su civilización verbal, pero se conduce vitalmente según su autoctonia heredada a medias. El mestizo campea entre el silencio abisal de lo autóctono y el verbalismo ciudadano, pero atrapado siempre por el fondo irracional del continente»<sup>6</sup>. En esta oposición que a la vez constituye y consume al mestizo hay una serie de términos que se identifican con la realidad, con lo auténtico: la campaña, la tierra, lo interior, lo inconsciente e irracional, lo heredero y atávico, la vida, lo definitivo; en suma: *la barbarie*. La otra serie antagonica corresponde a la «ficción»: la ciudad, el espíritu, la periferia, la conciencia, lo racional, lo experimental y adquirido, lo intelectual, lo provisorio, la *civilización*, el fin. Kusch concluye pronunciándose decididamente por la «barbarie». No porque ella sea mejor en una escala objetiva de valores, sino porque, en América, es lo *real*, frente a lo *ficticio*, lo genuino frente a lo espurio. La historiografía válida, la literatura válida, serán las que reconozcan lo americano auténtico en lo bárbaro, en el demonismo, las que busquen la comprensión de América a partir de la barbarie misma, no de su negación.

Murena (al menos en la primera edición de *El pecado original de Amé-*

3. Kusch habla, en el prólogo, de la necesidad de un pensamiento vital, subjetivo, si es necesario, hasta «lindar con el caos» (p. 17); Murena, cuya aversión hacia la sociología creció con los años, califica sus ensayos de «mitos» personales, en la «Advertencia» que abre el libro.

4. *La seducción...*, p. 26.

5. *Op. cit.*, p. 34.

6. *Op. cit.*, p. 36.

rica) no trabaja con la categoría de «mestizaje». Prácticamente desconoce lo anterior a la Conquista, declara la irremediable aniquilación de lo indígena («No hay nada más viejo o avejentado que esta América integrada por razas indígenas en vías de fusión total o de extinción y por individuos de razas no originarias de América...»<sup>7</sup>); el alma americana no es lo nativo: «es el alma europea expulsada del antiquísimo recinto de la historia, desterrada, contemplando su remoto asilo»<sup>8</sup>. Para el europeo expulsado del Paraíso, Europa no es ya útil como espíritu, sus formas culturales no interpretan una tierra otra, son también, en definitiva, ajenas, esto es, ficticias. De allí que Murena decreta el *parricidio*, el necesario asesinato de los modelos europeos para que de la Nada crezca algo propio. Porque —es preciso notarlo— aquello que queda en América si de ella se extirpa a Europa, es, en el pesamiento de Murena, *Nada*, frente a la cual se erige lo que Murena llama, «el horror». Con todo, esa «Nada» es, paradójicamente, una realidad muy compleja y no por entero negativa: por un lado, desvalimiento e indigencia ante la materia muda y proliferante, el indominado «mundo en bruto». Por otro, presencia abrumadora de Dios, un dios silente, salvaje, aterrador, caótico, que la palabra aún no ha conjurado. Pero un Dios vivo. Mucho más vivo que las imágenes divinas acuñadas por el completo y perfecto orbe europeo —corroído ya, subrepticamente, por un germen de disolución interior— bajo cuyos códigos clausurados el antiguo Dios de la zarza ardiente había comenzado a morir. Y si lo que aparece como opuesto al espíritu europeo no es, en el discurso mureniano, «lo indio», es, en cambio, aquello con lo que, para Kusch, lo indio se identifica: el silencio, el demonismo vegetal, la «barbarie» que es desposesión y potencialidad, posibilidad de *ser*. Ambos parecen hablar esencialmente de lo mismo, aunque lo llamen de otro modo, aunque lo contemplen desde otro punto de vista. Ambos coinciden en afirmar que los elementos de la serie «no europea»: lo vital, natural, irracional, lo aterrador sagrado, lo oscuro, constituyen lo auténtico, o, para decirlo en las categorías de Kusch, lo *real* frente a la *ficción* (que es la *imitatio Europae*); o bien, en un lenguaje más caro a Murena, lo *propio* (el pecado) frente a lo *ajeno*. Pero hay una diferencia esencial en la dirección de la mirada. Mientras que admitir «lo propio» es en Murena, en primer lugar, el re-conocimiento de la indigencia, la aceptación de la culpa metafísica que ha provocado la expulsión, el destierro, desde Europa-Paraíso hacia América (el valle de lágrimas, la tierra baldía, el desierto: desierto simbólico, desierto semántico, aunque lo cubran selvas y lo ahoguen ríos) en Kusch la identificación de «lo propio», lo *real*, es la vuelta hacia la Unidad perdida, hacia la cálida matriz telúrica donde conviven, latentes, los opuestos:

7. *El pecado original de América*, p. 176.

8. *Op. cit.*, p. 18.

«La acción del mestizo es por ello la acción del Génesis, aunque inversa. Mantiene lo increado en latencia, retarda toda vitalidad ajena a él, toda visualidad ciudadana, destruye la ficción en sí misma y espera, en el sentido de la tierra, de su esencia biológica, del demonismo, el advenimiento de una integridad autóctona»<sup>9</sup>.

La tierra, irracional y oscura, no es, empero, lo negativo, el vacío que absorbe al hombre y lo desnuda para la soledad y a menudo para la desesperación (como en Murena) sino el apoyo, la seguridad, el sentimiento de bienestar estable frente a la íntima desprotección de la ciudad. Si muchos impulsos que provienen de la tierra o se asocian con ella son violentos y destructivos, ello ocurre sobre todo porque son clandestinos, porque se los mantiene en la inconsciencia total. Traer a la conciencia lo telúrico, lo bárbaro —sostiene Kusch— equilibraría las fuerzas y prestaría a la sociedad americana el apoyo que sólo puede provenir de la vida y de la realidad misma.

Si en Murena el concepto de «barbarie» se asocia con las ideas de *pecado* y *horror*, en Kusch concurre con las de *redención* y *seducción* (seducción de lo verdadero, de lo que vive). Esta seducción no es lo que causa el pecado, sino lo que *redime* de él; no es la mentira, sino lo que anula, con los argumentos de la verdad más incontestable, la gran ficción de la ciudad americana *ad usum Europae*. Claro que si Murena habla de *pecado*, de *horror*, de *nada*, espera en ellos, como el cristiano espera en Dios; cree que el pecado será redimido, que el horror es uno de los rostros divinos, que de la nada saldrá algo: un cosmos nuevo. Pero esta gestación será durísima y difícil porque el europeo desterrado, o el indio cercenado de sus orígenes están absolutamente indefensos, en principio, frente a la entidad inclemente mundo-Dios. Kusch, en cambio, cree en la persistencia de una actitud metafísica, de una cosmovisión pre-hispánica, más resistente que los monumentos de las culturas devastadas, sobre la que puede asentarse la nueva *Weltanschauung* mestiza.

Con todo, si nos ceñimos sólo a estos dos primeros libros, es Murena, quien ofrece la perspectiva cultural más compleja, más matizada, más fina, de aquello que es o puede ser auténticamente América. Su obra es la de un hombre de letras que analiza textos, autores concretos, buscando la verdad americana (Poe, Arlt, Quiroga, Martín Fierro, Florencio Sánchez, Martínez Estrada) mientras que Kusch (con su enfoque antropológico-filosófico más sistemático) se dedica ante todo a la exposición autónoma de su propio pensamiento, sin detenerse en la lectura interpretativa de otras obras para sustentar su tesis. Murena es, de los dos, quien establece la diferencia entre arte nacional y arte nacionalista (que abunda en tópicos deliberadamente «locales», pero carece del tono, del sentimiento americano profundo). Murena es quien distingue, también, entre los ar-

9. *La seducción de la barbarie*, p. 38.

quetipos de la «mala disposición» cultural: el «culto» que rechaza la «barbarie» de las provincias como si éstas fuesen un país ajeno, el que evita todo enfrentamiento con la propia tierra para arrancarle una cultura viva, y el «bárbaro» a ultranza, fanático y cerrado, que se hunde en la tierra y se sustrae a toda afinidad con el espíritu y a toda «contaminación» con lo extranjero. Kusch habla del «extranjerizante» y del «patriotero» en un sentido similar; habla del demonismo del caudillo americano, pero no encara los problemas planteados por la negatividad violenta y destructiva que el caudillo encarna, ni tampoco expone en forma convincente de qué manera, de la vegetalidad americana, de la barbarie americana, surgirá una nueva identidad cultural: introduce o roza, en fin, más problemas de los que desarrolla. Si Murena con su tesis de la mirada transobjetiva está ya proponiendo una teoría de la espiritualidad americana, Kusch aún no acomete de lleno esta cuestión. *La seducción de la barbarie* parece, frente a *El pecado original de América*, un libro a trechos confuso, abigarrado, rudo —también «bárbaro». La violencia conceptual a veces maniquea a Kusch, su optimismo, su confianza a ratos inexplicable en el poder salvador del demonismo, chocan contra la sutileza, el admirable estilo y el *pathos* trágico y profético de Murena, el mensajero de un Dios Desconocido, el que proclama la caducidad de todos los nombres sacros.

Pero Kusch crecerá. Estas insuficiencias se compensarán más tarde en otros libros. *América profunda* (1962)<sup>10</sup> transformará la meditación antropológica en aventura espiritual atravesada por una densa poesía. El conmovido e impecable fluir del lenguaje, la limpieza de los planteos, lo emparejarán con Murena. Los contenidos, claro, son distintos. Kusch explicará la cosmovisión americana a partir del sustrato metafísico-religioso indígena, entenderá la violencia de la barbarie como una consecuencia inevitable de esta misma cosmovisión que concibe al mundo como el delicado equilibrio necesario entre el Orden y el Caos, que no expulsa al Demonio, al Mal, sino que lo integra en la economía cósmica. La idea mureniana de la *transobjetividad*, no está por otra parte, tan alejada de esa visión indígena del mundo que, también, traspasa los objetivos, las puras cosas, y se remite a lo divino que gobierna los avatares tras el juego cambiante de las apariencias. Lo divino es tanto *ira*, *moira*, fatalidad, como donación. Sólo una diferencia radical: si la mirada del americano es, para Murena, irremediablemente solitaria, para Kusch, en cambio, emerge del profundo sentimiento de *comunidad* del indígena; sentimiento que mantiene la cohesión cultural del sustrato a pesar de la dominación técnica y legal blanca.

---

10. *América profunda*. Buenos Aires, Hachette, 1962. Para una bibliografía completa de Rodolfo Kusch, ver «Bibliografía de Rodolfo Kusch (1922-1979)», por Mary Muchiut, Graciela Romano y Mauricio Langón, en *Megafón*, Año IV, N.º 11/12, En-Dic 1980, pp. 15-20.

Murena —es preciso notarlo— hablará luego, en sus «Observaciones para la segunda edición» de *El pecado original de América* (1965), de *mestizaje*: un mestizaje que puede ser racial, pero que es, sobre todo, espiritual, y que afecta a todos los habitantes de América: indios, criollos o inmigrantes europeos recién llegados, o sus descendientes. Hablará de los fantasmas no conjurados del suelo nativo que corroen «la inestable arena americana», como Kusch habló en *América profunda* de la *fagocitación* de lo europeo por lo indígena y lo telúrico. En *El nombre secreto*<sup>11</sup>, por fin, se referirá por primera vez al *genocidio* que la *barbarie europea* perpetró sobre los pueblos precolombinos, arrasando en una acción irreligiosa las razas y los números de la tierra que obsederán para siempre las ciudades mal fundadas, engendradas por la culpa de Caín, y por ese espíritu de los mercaderes al que constantemente alude Kusch. Murena llegará a comprender, incluso, los movimientos «bárbaros» de las masas acaudilladas, como un retorno al Origen que elimina la ficción de una Historia jamás construida realmente (porque nunca hubo verdadera fundación) y que son en este sentido, positivos, por desenmascaradores y porque recuperan o desnudan todas las posibilidades de ser que fueron malbaratadas por una Historia falsa. Será Murena también quien interprete el peculiar modo de vida y gobierno mejicano, por la persistencia de un sustrato indígena, intacto bajo el barniz de civilización occidental<sup>12</sup>.

Así fueron aproximando los años a estos dos pensadores heréticos que propusieron en la década del 50 una nueva manera de encarar el problema de la condición americana<sup>13</sup>. Ambos creyeron que la cultura nace del nexo directo e insustituible con el suelo que se habita. Ambos nos proporcionaron un punto de partida aún hoy vigente para replantearnos la cuestión de nuestra identidad: la «barbarie», es decir, aquello que en América *no* es Europa, no puede reducirse a Europa. Seducción o pecado, comunidad o soledad, violencia vital o desamparo trágico pero inevitable frente al mundo, miseria patente y riqueza oculta (la «latencia» en Kusch, las «potencialidades» en Murena), la «barbarie» fue para los dos ese punto de mira, desde la tierra de América, donde la criatura humana, con o sin el auxilio de los nombres sagrados, se alza frente a la ira del Dios vivo, y la conjura.

MARÍA ROSA LOJO  
CONICET  
Buenos Aires (Argentina)

11. Caracas, Monte Avila, 1969, en el ensayo homónimo que abre el libro.

12. Cfr. en el libro citado, «México, la sociología y el pobre de espíritu», artículo donde la ironía mureniana se ensaña con los procedimientos y eficacia de la sociología.

13. Ambos se colocan entonces en una actitud rebelde, contestataria. Murena se auto-proclama «parricida» y Kusch «hereje».